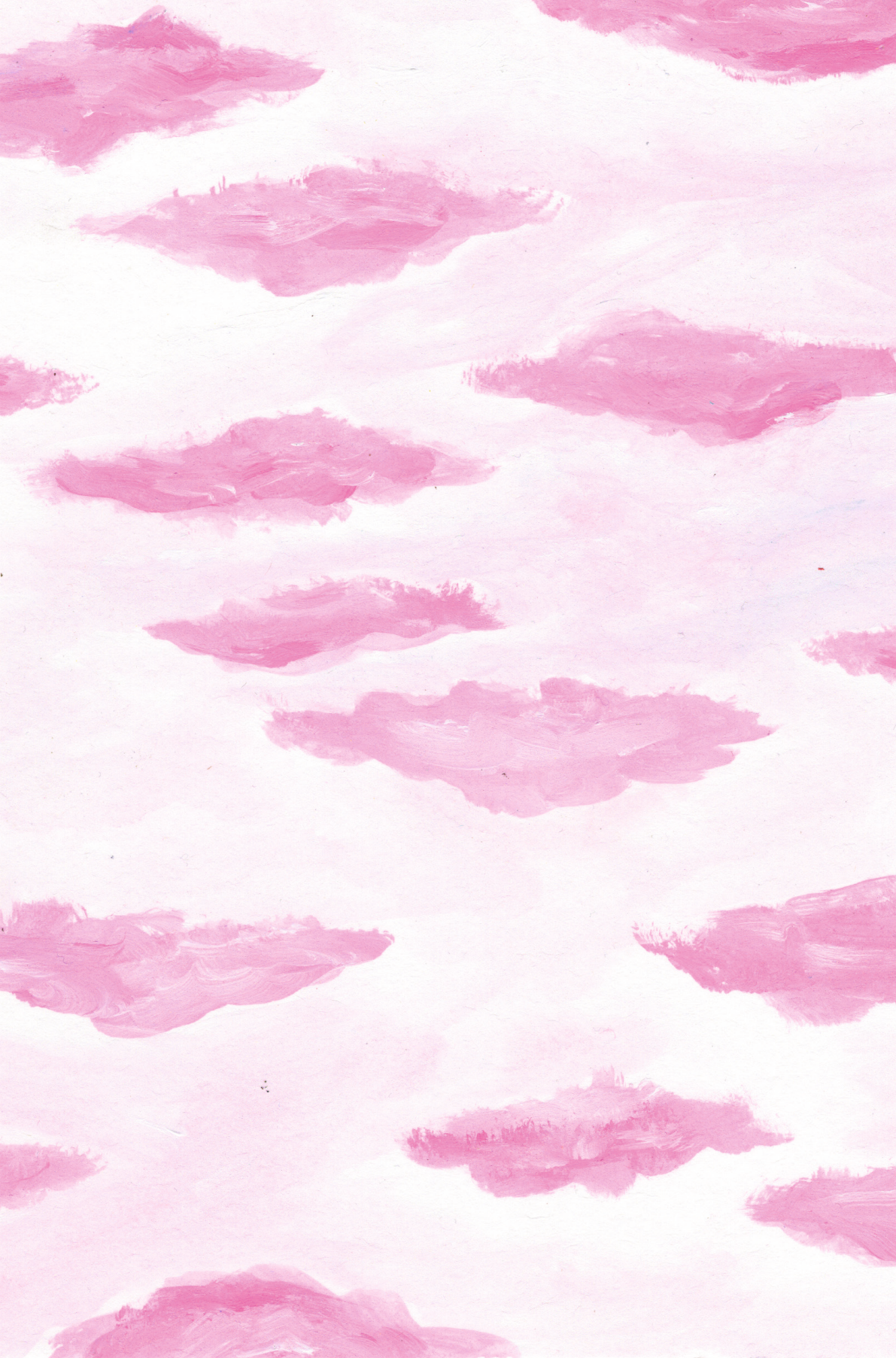




# Lo que se rompe mientras nos reímos

# Lo que se rompe mientras nos reímos

Loli Echevarría

LAS marías

**Lo que se rompe mientras nos reímos**

Primera edición, octubre de 2026
© Loli Echevarría, 2026
© de esta edición, Las Marías Editorial, 2026

Arte de la cubierta por Milagros Pochat (@milagrospochat)

Dirección editorial por Mariana González
Corrección por Anette J. Otero González

*Agradecimiento especial a Mireily (Mimi) Rodríguez por acompañarnos en las primeras lecturas de esta obra.*

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, mediante cualquier medio de reproducción, distribución o comunicación, sin autorización de los titulares del *copyright*.

**Las Marías Editorial**
San Juan, Puerto Rico
www.lasmariaseditorial.com

prensa@lasmariaseditorial.com
distribucion@lasmariaseditorial.com

ISBN: 979-8-9878861-9-9

Impreso en Editorial Nomos S. A., Colombia

*A mis facuamigos, que hicieron el dolor*
*más liviano con sus risas.*

*En especial, a Laura Carabajal.*

"Yo lo he intentado. He escrito una palabra tras otra.
Sabiendo que cada palabra podría haber sido distinta.
Como la vida de mi amiga, como cualquier otra vida,
podría haber sido distinta...

Amor y honor y piedad y orgullo y compasión y sacrificio...
Qué importa si he fracasado".

— Sigrid Nunez, *Cuál es tu tormento*

No está claro qué día es pero es un día de semana. Son casi las 12 del mediodía y la radio Metro dice que la sensación térmica es de 36 grados. Estamos estacionadas en Ayacucho y Santa Fe, frente a un local de ropa de mujer de moda, segmento ABC1.

El sol me recalienta la cabeza. Nos comprometimos a entregar 150 camisas que nosotras mismas fabricamos: las mandamos a cortar, coser, planchar y doblar. Este proceso se llama producto terminado. Las camisas son divinas, de poplín y tienen un corte tipo coquette, llega hasta la primera cadera, con mangas bombé y el cuello mucho más grande de lo normal. Ideales para una mujer femenina, limpia, fresca, flaca, chiquita, hegemónica. La mujer que siempre soy yo. Menos hoy. Hoy estoy cansada, desgarbada, agobiada, transpirada, desequilibrada e histérica. Sobre todas las cosas estoy, mejor dicho, estamos, tarde. No es que en algún momento del año haya sido distinto, pero empiezo a pensar que esta es mi nueva vida, que esto es ser adulto. Qué mierda.

El Ford Fiesta es mínimo y se rompe siempre. Le vivo recomendando a Yati que lo cambie, clásico comentario por el cual mi marido me juzgaría: ¿vos te pensás que haciendo tapping le va a aparecer un auto en la puerta? Yati nunca piensa mal de mí, todo lo contrario, y además sabe que se lo digo desde el

amor más profundo. Ella está aferrada a este auto de mierda y la entiendo. Es lo único que le dejó su papá. "La entiendo", me repito, pero en este momento en el que hay cuatro cajas en el asiento de atrás, quince camisas sobre su falda, por lo menos cinco sobre la mía y estoy cagada de calor, en lo único que puedo pensar es que cuando me saque las bolsas de encima, el plástico se va a haber adherido a mi piel y despegarlo va a doler.

Cada camisa está metida en una bolsa transparente. Como en el mundo de la moda todo tiene que parecer de lujo, le dicen "bolsa cristal". Ridículo. Deberían tener colgado su hangtag, ese cartoncito pedorro que cuelga de la prenda por medio de un alfiler de gancho y un hilo, ese donde dice la marca y es el "alma de la prenda". El cartoncito que no va a faltar jamás en la historia de la indumentaria, a menos que nos hayas pedido a nosotras una producción. Ahí te pueden faltar hasta las mangas.

Esto no nos puede volver a pasar, ¿cómo nos vamos a olvidar de poner los hangtags? Y sin embargo siempre algo nos falta. Parece a propósito.

Encima el calor.

A media hora de tener que entregar, Yati abre las bolsas, yo le engancho la marca y las cierro. Apilo diez camisas y las meto dentro de la única caja vacía del asiento de atrás, Dios…

Miro a Yati y me río, tiene todos los pelos parados. Siempre tiene los pelos parados y sucios, separados por la grasa. Me acuerdo de todos los chistes que le hago al respecto. A veces le digo Padre Grassi. Que si vamos a Mc podemos pedir las papas sin hacer y las cocinamos en su cabeza. Que traje mate y bizcochitos, que la grasa la ponga ella. Pobre. Aunque igual ella no se queda atrás. Me jode con el tamaño de mis ojos. A veces le hablo de cosas serias y me pone las manos debajo de mi cara por si se me caen. Me dice que me parezco a Gollum: escuálida, con

ojos salidos y tres pelos en la cabeza. En la góndola del súper va directo a los huevos y se los pone en la cara cuando me habla.

El calor en el auto choto de Yati me supera.

—¡Por diosss, prende el aire, no aguanto más!

—No, boluda, no voy a gastar nafta en prender el aire. Ya nos queda poco, concentrate.

El fastidio me prende fuego. Miro por la ventana. No la abro por si nos roban. Solo respiro y le digo:

—¿Por qué no probás respirar más fuerte? Capaz con esa nariz ventilás mejor el auto.

Nos reímos. Me siento más liviana. La nariz de Yati es espectacular para eso, es recta y grande. Le sobresale mucho porque su cara es muy flaca.

Me vuelve a contar la anécdota: su primer novio le decía que tipeaba con los dedos y ponía el espacio con la nariz. A pesar de que la escuché mil veces nos tentamos. Siento caliente la entrepierna. Se me escapó pis. Siempre me pasa cuando nos reímos así. También cuando estornudo fuerte. La busco con la mirada y se da cuenta de lo que pasó y eso la tienta más. No podemos parar. Ella se ríe con un ruido muy raro y fuerte. Parece el grito de un delfín descontrolado. Esa risa la reconocería a diez kilómetros. Se seca las lágrimas de los ojos mientras inspira para recuperarse. Me roba el poco aire que queda en el auto. Tiene con qué. Ahora sí. Es oficial, logramos cambiar el clima un 100 % y ya estamos por terminar. Al final todo sale bien, si no, no es el final. Eso dicen, pero desconfío.

De abajo de las camisas desentierro mi botella de agua, eso sí que nunca me falta. Eso, los frutos secos y mi rímel de YSL, Volume Effet Faux Cils. Me fondeo la botella y me bajo del auto. Por fin. Me acomodo el short de jean desgastado y la camisa oversize blanca que nunca me saco. Me hace sentir canchera. Me paso las manos por la ropa como planchándola. Me rocío

un poco de perfume Chanel Les Exclusifs. Las cosas importadas me hacen sentir poderosa. Me agacho y me miro en el espejito lateral del auto: estoy bien de cara. Me paso los dedos por los párpados inferiores, me acomodo el maquillaje apenas corrido por la risa, el calor, la vida. Me miro el pelo y me vuelvo a ver en el espejo: estoy bien de cara. Respiro y empiezo a bajar cajas del auto. Yati ni se mueve.

—¡Dale, chota! Ayudame —le grito.

Ella se ríe, pero no se baja. Cruzo la calle con las cajas de a una, cinco viajes en total. Qué vida de mierda para el verano. Tendría que estar en una pileta, pero no tengo. Me río.

Toco el timbre del local, sus vidrieras son curvas y el techo altísimo. Por encima le crece un edificio de cinco pisos, todo construido en piedra que termina en una cúpula. Los balcones de hierro y las ventanas luminosas, toda esa estructura me hace sentir mínima y mal vestida. Amo el estilo francés. En una fracción de segundos me veo asomada en el ventanal, con macetas llenas de flores perfectas como toda esa arquitectura, vestida con una bata rosada, tomando un café. Feliz. Exitosa. Dueña de un palacete. Se abre la puerta y vuelvo a ser yo. Qué bajón. El olor a perfume caro que proviene del local me atrapa. Gran estrategia de marketing. Quiero entrar a inspirar el aire hasta que las notas de rosa búlgara, tonka y madera me perforen los pulmones. Que todo mi cuerpo huela así de bien. Ya no quiero el Chanel.

La vendedora me invita a pasar. Alta, flaca, con el pelo por la cintura, pesado, lacio, brilloso. La piel tan lisa y radiante que parece un filtro de Instagram y esa cicatriz en la ceja que lejos de romper con su perfección le da un look de "cuidado que soy mala". La odio. Me sonríe y siento que le tengo que pedir perdón por existir. No me importa. Me encuentra impecable, lo sé porque me miré mil veces al espejo antes de venir. Le sonrío, yo

también tengo lo mío y no pienso quedarme atrás. Ella no sabe que estuve chivando fuerte en el auto. Menos mal que no bajó Yati, seguro sigue con todos los pelos parados, pelotudeando con el celular.

Ayudo a la vendedora a abrir las cajas y revisarlas. Revisa todo por arriba, las camisas están acomodadas milimétricamente. Ni rastros del quilombo que somos. Está todo okey, me dice y me entrega nuestro cheque. Qué hermoso momento. Salgo del local, y apenas Scarface cierra la puerta, corro al auto y abrazo a Yati. Nos reímos y festejamos. Una vez más lo logramos, somos dos niñas jugando a "Juliana empresaria". Me pide el cheque. Lo huele mientras cierra los ojos, sonríe con placer y se lo pasa por las tetas. Es un microsegundo pero me da asco.

—Qué pajera, Yati, quedate con el cheque vos y transferime la plata después.

Me dice que soy una exagerada, pero la interrumpo, le digo que de la ganancia vamos a separar una parte para invertir y pagar los talleres, otra para vivir y el 10 % restante lo vamos a gastar en alguna cosita para festejar nuestros logros. Lo leí en un libro de autoayuda. Soy adicta a implementar cualquier pavada que me digan que hace bien, excepto cambiar de verdad.

Nos hemos pasado días enteros en el auto trabajando. Yendo de una punta a la otra transportando cortes. Frenando en bares para alguna reunión improvisada. Pasamos del Barrio 20 de Lugano a Recoleta.

La moda une dos caras de una misma moneda. La ropa se confecciona en lugares heavys: casas humildes con pisos de tierra, cortes constantes de luz y agua, máquinas encendidas más de doce horas al día. Incluso las diseñadoras. Esas que imaginás bien pagas, superficiales, espléndidas, sonrientes. También cargan con la precariedad. Sueldo básico con exigencia infinita. Sin sindicato. Con acoso laboral en las marcas menos pensadas. No

renuncian. Siguen creando estas prendas exclusivas, destinadas a locales caros. La gente las compra. Las usa. Las muestra. Las exprime hasta que dejan de ser tendencia. Entonces llega la limpieza del placard: lo que todavía está bueno se queda, lo que tiene valor afectivo se le ofrece a una amiga o a una prima, como quien suelta algo que aún duele soltar. Y después está lo otro: lo que ya fue. La prenda pasadísima de moda, gastada, vencida. Esa es la que se dona. Y lo llamativo, lo inquietante, es que muchas veces vuelve al mismo barrio donde fue cosida. Como si el ciclo se cerrara con un gesto que, en el fondo, no cambia nada.

Mi momento favorito sucede casi todos los días en el auto. Por lo general cuando frenamos en los semáforos. Yati critica a la gente que ve por la calle, por su peso o su ropa. Que si se le ve la panza o si tiene celulitis. Que si es una grasada lo que tiene puesto. Vos no tenés cara, le digo. Un silencio de segundos. Le cae la ficha. Se gira con cara de cachorro que busca aprobación y me pregunta: ¿Yo soy así? Sonrío, a veces ni le contesto. Yati siempre se compara con gente peor que ella. Quiero saber si yo soy así, me repite. Avísame por favor porque ni en pedo me pongo esa remera y ese short. Me encanta que haga eso, en la secundaria yo también lo hacía. La necesidad de saber qué tamaño ocupa tu cuerpo en el mundo, afinar un poco cómo te ves en los ojos del otro, cuando estás perdida en los propios.

Durante los viajes charlamos mucho de nuestras vidas, nuestras historias familiares. Las mías siempre son trágicas. Tristes. Sin solución. Las de ella son de risa. Creo que a Yati le incomoda mi drama así que evita el suyo. Le hago preguntas todo el tiempo sobre su familia y su pasado, pero le cuesta contestar, lo evita, se ríe, saca otro tema. En cambio yo, pienso sin parar. Me gusta buscar el origen de los problemas, me gusta pensar, aunque el 90 % del tiempo sea en algo terrible. Ella se ríe y me dice exagerada. Fatality. También la apoda así a mi mamá que

es igual: todo es un peligro, todo está mal, no hay solución, nos vamos a morir.

Yati me pregunta cómo no voy a tener ataques de pánico si siempre estoy pensando lo peor. Ay, vos que hablás si te la pasás viendo el programa "Kilos Mortales". Además, no pienso lo peor, pienso lo real, le digo para no decirle la verdad. Que ella se ríe de todo porque es una cagona, no puede nombrar su angustia, sus dramas. Yo en cambio tengo que poner palabras a todo, explicarlo, tengo adicción a resolver.

Pasamos por la puerta de nuestro café preferido. Es de ladrillo a la vista íntegramente pintado de blanco. Su arquitectura es simple, los techos son altos y el interior del local gigante. Sus mobiliarios de madera clarita y sus ventanales ayudan a que la luz sea protagonista. Su estética me inunda de serenidad. Toda la serenidad que a nosotras nos falta. Además tiene un café de especialidad que te hace cuestionar por qué estuviste tomando instantáneo todo este tiempo. Le pido bajar a festejar. Me da el gusto. Le señalo el espacio perfecto para el Ford Fiesta de mierda. Yati hace mil maniobras para estacionar en el lugar más fácil y vacío del mundo. Me empiezo a reír sin parar. Ella también. De nuevo el delfín descontrolado, de nuevo mi pis. No podemos parar, me duele la panza. La filmo fracasando. Mando el video al chat que tenemos con nuestros facuamigos. Se tientan ellos también, Pauli pregunta quién fue el inconsciente que le dio a Yati la licencia de conducir. La situación solo empeora. Yati se baja del auto para verlo desde afuera. Más risas. Se vuelve a subir. Empieza a maniobrar hasta que lo logra. El auto quedó como el orto, con las ruedas en diagonal y la trompa sobre la senda peatonal. Entramos a comer.

Pedimos un cafecito con tostadas y medialunas. No podemos decidirnos por una opción, así que vamos por todo. Hace calor para el café, pero ya fue. Le aviso a Yati que subo al baño

y vengo. En los últimos escalones siento que mi corazón va a mil y una puntada en la espalda me hace doblar de dolor. A veces los infartos duelen a modo de contractura muscular, me dice siempre mi mamá. Ahora todo es obvio. Me voy a morir. Llegó el momento en el que pienso todos los días. Era acá. Era así. Respiro profundo pero rápido. El dolor crece. Pasa al pecho y al brazo izquierdo. Un fuego me quema la boca del estómago. Acidez. Otro síntoma. Estoy sola en la escalera, si me descompongo acá nadie me va a ver. Camino como puedo agarrándome de la baranda hasta el baño. Me miro al espejo. Estoy gris. Tercer síntoma. Me mojo la cara y la nuca. Pienso en Yati. ¿Cómo le aviso? Tengo que bajar, no tengo fuerza. Quiero vomitar. Pienso en Benicio, va a quedar huérfano de madre a los tres años. Guido, mi marido, no va a poder con todo. Y yo no los voy a ver más. Qué tristeza. Me sube el dolor. Me apoyo en la pared, la uso de sostén. Bajo de a poco la escalera. Llego a la mesa. Le digo a Yati que me siento mal. Se asusta. Me toca el pecho, el corazón golpea fuerte.

—¿Llamo a la ambulancia?

—No sé, Yati. Me siento mal.

—¿Qué sentís?

—Me duele el pecho, el corazón parece que se me va a salir del pecho y tengo miedo, no sé a qué pero tengo mucho miedo.

Me dice que me quede tranquila, que ella está ahí mirándome, que está todo bien, que me va a llevar a casa. ¿Cómo pasé de llorar de risa a estar a punto de morir? ¿Qué no vi? ¿Qué hice mal?

Yati deja la plata sobre la mesa y nos vamos con todo por la mitad. Me agarra del brazo y lo cruza por encima del suyo, me hace mimos en la mano. Parecemos dos tortugas jubiladas, caminamos lento y al menos yo, sin fuerzas. Cuando me subo al auto tomo agua. Me siento mejor.

—No tenés un paro cardíaco, Fatality. Me asustaste. Estás bien de cara.

Eso me calma y ella lo sabe pero quiero que me lleve a la guardia igual, se lo digo.

—Te llevo, pero estás bien.

Entramos a la guardia, quilombo de gente. Esperamos. La sala tiene olor a desinfectante barato y ansiedad compartida. Meto la cabeza dentro de mi camisa y respiro mi Chanel. Las sillas de cuerina están gastadas, sucias, espantosas. Pienso por qué eligió esta guardia del horror. El aire está pesado, escaso, cargado de toses secas. Me distraigo mirando la tele que está colgada en una esquina. Me hacen algunos estudios, espero resultados. Se me hace eterno. Me quiero ir pero abandonar ahora no se condice con casi haber muerto en nuestro café favorito. Me voy a quedar, por dignidad, para demostrarle a Yati que esto es serio, que no exageré.

Dos horas después escucho mi nombre, entramos al consultorio. Cierro la puerta detrás de Yati. Electro bien, oxigenación bien, saturación bien, sangre bien. No me voy a morir.

Estoy embarazada.